

Abrió la ventana; no se oía el menor ruido.

—¿Será que no estén aún? murmuró. Sin embargo, había prometido que á las cinco estaría hecho y me he retrasado diez minutos.

Encendió dos bujías y las colocó junto á la ventana.

Un grito lanzado con precaucion turbó el silencio de la noche.

—¡Allí están! dijo Nawu.



XII.

CINCO ESTOCADAS.

La gran péndola del almacenista de vino de la puerta de Orleans acababa de dar las seis menos cuarto; hacíase de día, silbaba el viento frío y seco entre los árboles despojados del bosque de Boloña.

Algunas carretas retrasadas bajaban aún la avenida de Neuilly, apresurándose para llegar á los mercados. El bosque estaba completamente desierto.

Hacia apenas algunos segundos que el reloj del almacenista habia dado la hora, cuando un elegante carruaje desembocó en la puerta de Orleans.

Atravesó la enarenada plaza al trote de sus magníficos caballos y se detuvo contra la tapia á unos trescientos pasos del centinela.

Los pequeños árboles del bosque de Boloña, que no estaban creciendo entonces, impedían al centinela ver el carruaje. Sin embargo, el valiente soldado del centro, advertido por su belicoso instinto, detuvo el paso, presentando el oído y poniéndose á murmurar:

—¡Esa buena gente va, á no dudarlo, al campo del honor! Un militar francés no debe nunca poner obstáculo á esto.

Y se encajó mas el chacó, embozándose en su capote de color oscuro, dispuesto á no ver ni oír nada.

El carruaje, no obstante, se habia abierto; dos negros habian saltado á tierra para abrir la portezuela y ayudar á su amo á bajar.

Montalt tocó el suelo el primero, y luego Nehemías Jones, el grave mayordomo, bien peinado, afeitado admirablemente y vestido de negro desde la cabeza á los piés.

Dentro el carruaje no iban mas que ellos.

El nabab, que estaba muy pálido, y cuyas fatigadas facciones denotaban el peor humor en que lo hemos visto nunca, permaneció en pié delante del carruaje con los brazos cruzados sobre el pecho.

Nehemías Jones tomó del interior un par de espadas, yendo á colocarse junto al nabab.

Los dos negros ocuparon sus sitios respectivos. Aun no se habia pronunciado una palabra.

Montalt sacó el reloj.

—¡Seis menos diez! murmuró; cinco minutos de retraso.

—El francés, pronunció sentenciosamente Mr. Jones, tiene el carácter ligero y olvidadizo; la falta de exactitud figura en el número de sus defectos, y viajeros dignos de crédito han observado....

—¡Basta, Mr. Jones! interrumpió Montalt. Creo que oigo un carruaje.

El mayordomo se inclinó gravemente con el oído atento.

—Efectivamente, es un carruaje. ¿Va á batirse vuestra señoría aquí ó en la espesura?

—Mr. Jones, respondió Montalt, buscad un buen sitio en el bosque.

El mayordomo se alejó con paso digno y mesurado para obedecer esta orden.

En ese momento se presentó al extremo de una calle de árboles el carruaje que se habia oído; era un fiacre. Enrique y Roger bajaron de él. Tampoco llevaban padrinos.

—¡Oh! ¡oh! se dijo Montalt! ¿Nos faltará Mr. de Pontalés?

Cambió un frio saludo con los dos jóvenes.

Roger llevaba debajo del brazo dos espadas.

—Caballero, dijo Enrique, nós veis venir solos porque el combate tal como nos lo quereis imponer no puede convenirnos.

—¡Ah! hizo Montalt.

—Hemos echado suertes, dijo Enrique.

—Y he perdido, añadió Roger.

—El que se ha de batir con vos, milor, soy yo prosiguió Enrique.

Enrique decia esto con aire triste y sin cólera.

La mirada que dirigia á Montalt imploraba todavía á pesar suyo aquella esplicacion tan duramente rehusada.

Montalt separó de él la vista, poniéndose á mirar á Roger, que lejos de imitar la calma de su amigo, tenia las mejillas rojas y parecia contener con trabajo su furor.

Bajó los ojos, estremeciéndose ante la burlona y provocativa mirada del nabab.

—¡Ah! dijo este último; habeis echado suertes, mis jóvenes camaradas! Ha ganado Mr. Roger y viene aquí como simple testigo. Es chistoso por demás el modo que tiene de insultar ese caballero.

Enrique se puso delante de su amigo, que habia hecho un movimiento para lanzarse sobre el nabab.

—Reportaos, milor, dijo con tono sereno. En Francia somos avaros de ultraje en la hora del combate.

Rechazó á Roger y se volvió hácia Montalt y le miró de frente. Montalt proseguia con los brazos cruzados sobre el pecho. En el desden que mani-

festaban sus facciones habia como una crueldad fria y voluntaria.

—Milor, le dijo Enrique, he venido hasta aquí con un resto de esperanza; mi corazón se obstinaba en dudar, no por vos, milor, porque sé que hay naturalezas en que la bondad es una rareza como el crimen un capricho, sino por la que amo con toda la fuerza de mi alma, por la que apenas hace dos meses he dejado tan pura y tan bella de corazón! Con mis propios ojos y con los de mi amigo he visto. Pero rehusaba creer la evidencia.

—¡Se dice que la fe salva! murmuró Montalt.

La sangre refluyó á las mejillas de Enrique y sus ojos despidieron un vivo fulgor.

—Uno de nosotros va á morir, dijo; ¿á qué chaucearse ahora? Milor, á los dos nos habeis encontrado en el camino del buen Dios, como se dice en nuestra pobre Bretaña, y nos habeis arrancado nuestro secreto á fuerza de fingido cariño; vuestros deseos eran tener alguno á quien amar; habeis sorprendido nuestro afecto, á nosotros, cuyo corazón es franco y leal. Roger tiene ahora sed de vuestra sangre, cuando antes hubiera dado por vos hasta la última gota de la suya. ¡Os complacéis con juegos bien raros por cierto! Y cuando habeis sabido nuestras penas como nuestros placeres, cuando habeis podido medir la cara esperanza que sostenia nuestra vida, habeis tirado vuestro oro para ir á buscar á Bretaña, al fondo de una aldea ignorada, dos pobres niñas, y habeis muerto nuestra fe-

licidad! ¡Oh! podíais rehusar creerlo, porque en vuestro vergonzoso papel, milor, hay mas que locura! ¡A mis ojos sois ahora mas insensato que infame!

—Ya he encontrado un sitio ventajoso y á propósito, gritó desde la espesura Mr. Nehemías Jones.

—Vamos, dijo Montalt, poniéndose en marcha; tal vez no haya terminado aún vuestro sermón. Pero los negocios ante todo.

Y los tres se internaron en la espesura, reuniéndose un momento despues al mayordomo en una esplanada situada á veinticinco pasos solamente de la calle de árboles.

Los dos jóvenes guardaron silencio. Montalt felicitó á su mayordomo por la eleccion del terreno y se quitó la levita.

Enrique estaba ya dispuesto.

—Es un combate á muerte, dijo con voz baja y resuelta cayendo en guardia.

Montalt se situó tambien sonriendo, é hizo sin responder un saludo lleno de gracia.

Las espadas se tocaron; la guardia del nabab, elegante, pero descuidada, parecia no cubrirlo.

Roger, cuyas miradas de fuego seguian la punta de las armas, se decia:

—¡Si yo estuviera en el puesto de Enrique no viviria ya ese hombre!

Enrique atacó cual debia, cubriéndose al propio tiempo con una guardia prudente, firme y cerrada. Montalt pasaba sin gran cuidado.

Al cabo de un minuto de combate se echó á fondo con rapidez y levantó la espada.

La camisa de Enrique tenia una mancha roja en el centro del pecho.

El sitio era mortal.

Roger se lanzó temblando á su amigo.

Durante esto hacia Montalt una seña á Nehemías Jones, que sacó friamente del bolsillo un foulard de la India, acudiendo á enjugar la punta de la espada, en la que habia una gota de sangre.

Roger arrancó el arma de las manos de Enrique.

—¡Está herido! dijo.

—Un cuarto de línea de acero... murmuró Montalt. Una mosca hubiera quedado muerta.

En el campo no se da cuenta de una herida mas que por la parte tocada. En el primer momento habia creido Enrique que tenia el pecho atravesado. Pero como decia el nabab, no tenia mas que la picadura de un alfiler.

La cólera, que habia contenido hasta entonces, puso su rostro escarlata.

Quiso tomar la espada de Roger, que le rechazó bruscamente.

—Déjame, exclamó Roger; quiero ver si ese hombre puede proseguir conmigo sus chanzas.

—¡Es muy justo! dijo Montalt volviendo á ponerse en guardia: mi querido pintor, no siempre ha beis de ser vos el que trabaje. ¡Es preciso que le toque su vez á mi secretario!

—¡Defendeos, defendeos! gritaba Roger, cuya mano temblaba de rabia.

—Mr. de Launoy, dijo Montalt, teneis mucha prisa, lo comprendo; pero es preciso que yo procure hacer algo por mí, puesto que no tratamos ahora de bromas. Mucho siento, queridos míos, que me pongais en tan difícil posicion.

—¡Caballero! ¡caballero! interrumpió Roger. ¡Defendeos ó no respondo de mí!

Enrique permanecía á un lado vencido y con la cabeza baja.

—Tranquilizaos, replicó Montalt; no durará mucho la broma. No tardará mi espada en estar tinta en sangre. ¡Estoy aquí para vengarme, primero de vosotros, mis jóvenes compañeros, que habeis insultado la mano de un bienhechor! Cada uno se venga á su modo; yo para daros la última limosna os doy la vida despues de haberos dado mi casa y mi mesa.

Roger avanzó un paso.

Montalt en vez de retroceder imprimió un fuerte movimiento á su espada, enviando la de Roger á caer á algunos pasos.

—Paciencia, pues, prosiguió, mientras Roger, confuso, iba á recoger su arma. He escuchado todo el sermon de Mr. Enrique esta mañana, y ayer todos vuestros insultos. Espero aquí á algunas otras personas; estamos solos y no tenemos prisa.

Roger se puso otra vez delante de él.

—Pardiez, exclamó el nabab; es estraño el desti

no de ciertos hombres. Por mi parte puedo decir que siempre que he hecho bien he sido castigado por la suerte. De cinco personas que espero aquí para cruzar con ellas la espada....

—¿Cinco? repitieron los dos jóvenes.

Montalt prosiguió:

—Una sola hay que no me deba amistad ó reconocimiento. De las cuatro restantes hay dos, vos, Enrique de Moreau, y vos, Roger de Launoy, á quienes he tratado como hijos. La tercera es un pobre jóven á quien he salvado la vida. La cuarta....

Pasó por su frente el dorso de la mano y no acabó.

—A los tres primeros, prosiguió con voz grave, que me deben amistad y reconocimiento, voy á imponer igual castigo.

Habrà tres pechos marcados con la punta de mi espada y serán tres cisuras de piedad, tres heridas de desprecio.

—Entonces en guardia, exclamó Roger.

Montalt no se movia.

—El que no me deba nada será el mejor tratado; encontrará un arma formal delante de la suya. Morirá, pero en combate digno de un hombre. Por lo que hace al último, protéjale Dios, porque la venganza será terrible.

Habia bajado la voz.

Sacudió su larga cabellera, que caía en bucles sobre el cuello de su camisa, y presentó al fin la espada.